

AL PRINCIPIO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

por Zvi LASMAN, Givatayim

Una mañana, mientras caminaba por la calle, me encontré con gente corriendo, gritando y haciendo ruido. Los soldados heridos fueron sacados de los trenes, que fueron bombardeados por los alemanes, y también se desplegaron soldados movilizados. El pánico fue grande. La ciudad fue bombardeada por aviones hitlerianos y la gente se dispersó por todos lados.

Se dice que los alemanes llegaron a través de Piątek, donde se habían librado importantes batallas. Ya deberían haberse apoderado de la ciudad.

No recuerdo exactamente el día en que los hitlerianos entraron en Kutno, pero recuerdo bien esas horas.

Tan pronto como los alemanes entraron en la ciudad, comenzaron a implementar su "orden". Se hizo un llamado a todos los hombres, judíos y cristianos, para que se reunieran en el nuevo mercado. Lo primero que exigieron fue que el pueblo entregara las armas al nuevo gobierno. En segundo lugar, nos dijeron que en la ciudad se había impuesto el toque de queda – desde las cinco de la tarde hasta las seis de la mañana.

Temprano en la mañana, los alemanes capturaron a hombres judíos que trabajaban ocupando lugares públicos. Yo estaba entre los hombres capturados.

Muchas personas intentaron esconderse, una en un sótano, otra en un ático, pero fue en vano. Todos fueron atrapados.

Intenté esconderme debajo de una manta en el sótano, pero también me atraparon y me llevaron ante el grupo de detenidos.

Los alemanes llevaron a toda la multitud a la iglesia, que ya estaba repleta de judíos y cristianos. El sufrimiento de los detenidos fue indescriptible. No recibía comida ni bebida, el hambre era terrible. Tuvimos que hacer nuestras necesidades dentro de la iglesia, uno al lado del otro...

Cuando recibí un paquete de comida de mi familia, fui atacado por todos lados, de modo que no me quedó nada.

Después de tres dolorosos días de estar encerrados en una iglesia, la gente empezó a ser liberada. Los dividieron en grupos: a los de la izquierda los metieron en camiones y a los de la derecha los enviaron a trabajar. Los ancianos se quedaron en casa.

Mi destino era estar entre aquellos que, como bestias, eran transportados en camiones, bajo estricta vigilancia, hasta Łęczyca. Allí nos encerraron en una escuela, rodeados de alambre de púas. En el patio de la sinagoga ya estaban reunidos judíos viejos con barba y peluca, a quienes había encargado especialmente los trabajos más sucios y al mismo tiempo los golpeaban.

Todos los judíos llevaban números de orden en el pecho y los hombros. Mi número era 640. Todo el mundo

tenía que respetar los números durante todo el día, desde primera hora de la tarde.

Por la mañana, primero tomamos un poco de sopa mezclada con salvado de caballo. Para cenar comimos tres patatas con arenque salado, sin agua. Después del arenque, la sed era grande, pero sólo el segundo día, para 1.400 hombres, sólo trajeron un barril de agua. Como no había nada para beber, encontraron un orinal, lo lavaron y lo sumergieron en agua durante Bebiendo. Esto continuó durante varios días.

Una mañana entró un oficial alemán y preguntó quién quería salir a trabajar. Yo, Opoczinski y otros cuatro cristianos nos ofrecimos voluntarios para el trabajo.



Registro de judíos en el ayuntamiento de Kutno

En lugar de caballos, nos subieron a un camión y nos llevaron al campo para desenterrar patatas, cargarlas en el carro y llevarlas al campamento. No nos dieron nada de comer.

El último día tomaron prisioneros de guerra polacos y nos enviaron de regreso a Kutno a pie, escoltados por alemanes étnicos. Cuando entramos en la ciudad ya era de

noche y los guardias alemanes, sin saber quiénes éramos, abrieron fuego contra nosotros.

Con las manos levantadas, nos condujeron al Palacio de Holcman, donde se encontraba el personal alemán. Cuando nos presentaron al personal, a cada uno de nosotros nos preguntaron su nombre y nos golpearon con palos de goma. Por supuesto, yo tampoco me libré del golpe.

En la misma casa, entre la multitud de judíos, noté el antiguo Aurbach del nuevo mercado. En presencia de su hijo, fue torturado de manera sádica, arrancándole la barba y las patillas. La sangre manaba de él.

Es de destacar que el anciano judío soportó la tortura sin siquiera gemir.

Por la noche nos llevaron a la iglesia con las manos en alto. Por la mañana nos llevaron al cuartel del 37.º Regimiento, que fue transformado en hospital.

El primer trabajo que conseguimos fue quemar los documentos del regimiento. Luego nos obligaron a limpiar los baños con nuestras propias manos.

Me asignaron como enfermero.

Una vez, mientras caminaba entre los mendigos, preguntando cuál de los enfermos quería algo, de repente escuché que alguien me llamaba por mi nombre. Cuando me volví hacia el lado de la bañera, la voz me llegó y, para mi asombro, vi a un hombre con los ojos vendados entre los enfermos.

Era Yechiel Meir Bigelajzen. Me dijo que mientras corría a casa, una metralla le alcanzó en el ojo y pronto quedó ciego. Su sufrimiento fue indescriptible. Murió junto con todos los santos.

Finalmente, después de quince horribles días en el hospital, recibí permiso para volver a casa.

La alegría de mi familia cuando crucé el umbral de mi casa es difícil de imaginar. Todos, mi familia y nuestros vecinos, vieron cómo soporté todos los problemas y sobreviví.

No en vano se dice que el hombre es más fuerte que el hierro...